

Editorial

Año nuevo, problemas viejos

El Salvador inicia un año nuevo, pero arrastra consigo problemas viejos. Estos problemas no sólo son del área social como la delincuencia y la inseguridad, la pobreza y la migración, la exclusión y la marginalidad; o sólo económicos como el bajo crecimiento y productividad, la falta de empleo de calidad, el aumento vertiginoso del comercio informal, el alza en los precios de los servicios básicos y el combustible, que disparan el costo de vida; ni sólo políticos como la corrupción, la poca participación ciudadana, la falta de políticas claras de desarrollo. También arrastra problemas de vulnerabilidad, degradación ambiental, consumismo y muchos otros, en algunos de los cuales se ubica lamentablemente en los primeros lugares del ranking mundial. Pero además, arrastra las deficiencias, carencias y problemas históricos en el área de educación.

Hasta el momento, la mejor carta de presentación en materia de logros educativos es la alta cobertura matricular en la educación básica. Sin embargo, aún persisten altos índices de deserción, repitencia y bajo rendimiento. El sistema educativo nacional continúa siendo excluyente en la parte superior de la pirámide, donde apenas el cuarenta por ciento de los alumnos de noveno grado acceden al bachillerato, y de éstos solo el cuarentaiuno por ciento accede a la universidad.

Históricamente el porcentaje del PIB nacional asignado a educación ha sido muy bajo. En el 2000 fue de 2.1 y para el 2011 será de 3.1, un porcentaje que apenas sirve para cumplir con los compromisos salariales. En Centroamérica, sólo Nicaragua tiene un porcentaje del PIB para educación tan bajo como el de El Salvador. Lejano e improbable se mira el día en que dicho porcentaje alcance un modesto seis por ciento como ya lo tienen algunos países vecinos.

En términos de calidad también arrastra deficiencias y carencias. El país viene haciendo básicamente lo mismo desde hace treinta años y por treinta años ha obtenido resultados mediocres. Tal como lo dijo Einstein, es una locura seguir haciendo siempre lo mismo y esperar resultados diferentes. Dicho que calza justamente al caso salvadoreño, donde hasta este momento el Estado no cuenta con políticas innovadoras, de largo plazo que garanticen una educación de calidad, por tanto no se puede esperar que los indicadores educativos mejoren. Es más, en muchos casos se cuenta con infraestructura deficiente, faltan equipos y tecnología y hasta escuelas, pupitres y profesores. El promedio de la PAES nunca ha llegado al seis. El índice de analfabetismo, con un 16%, es uno de los cuatro más altos de Latinoamérica, y el nivel de escolaridad apenas llega al 5.9.

Es igualmente sabido que la educación superior también tiene sus propias limitaciones. Históricamente, las universidades han construido su quehacer universitario sobre la base de la docencia y la profesionalización de los jóvenes. Tarea que en sí es importante, pero insuficiente. Más allá de eso, el histórico universitario registra promedios que no superan el 1.49 por ciento de sus presupuestos para la investigación, tienen pocas revistas de arbitraje internacional, pocos registros de patentes y una débil relación entre universidad empresa. Como centros de pensamiento y difusión de la cultura tienen dificultades para producir y difundir conocimientos, hacer crítica y reflexión sobre la realidad del país o proponer formas novedosas y efectivas de solucionar los variados problemas de la sociedad.

Lo interesante del caso, mejor dicho, lo preocupante del caso, es que países como Singapur, Irlanda y Finlandia, que hace 30 años se encontraban en niveles similares de desarrollo pudieron obtener avances significativos a base de educación y hoy son naciones mucho más prósperas y con mejor desarrollo humano. El Salvador, por su parte, todavía tiene un sistema educativo que en su propia dinámica –o en su propia inercia- aprendió a desarrollar su círculo vicioso del cual no sabe cómo salir. El desarrollo de una nación –de su gente- no es tanto una cuestión de recursos, es más una cuestión de visión, de planeación de largo plazo que requiere esfuerzos, disciplina y cuyos principales peligros son la improvisación, el cortoplacismo, el conformismo, el acomodamiento. Así viene este año, y luego vendrán los otros y encontrará a esta pequeña nación, si no se le da brújula, si no se toman las medidas pertinentes y oportunas, arrastrando las deficiencias, las incongruencias y los vacíos educativos de siempre, y condenando de paso, a toda una nación al eterno rezago.